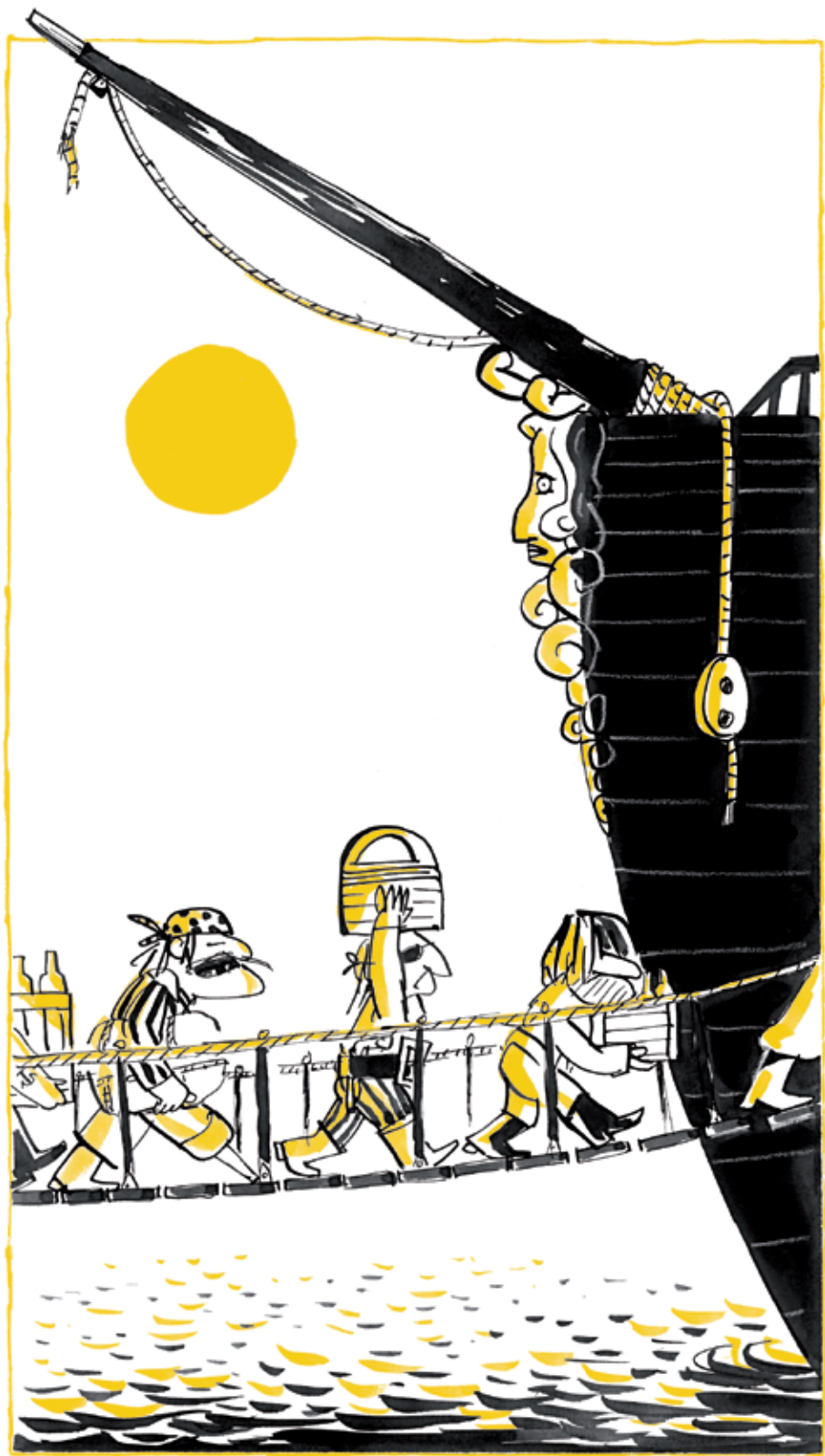


EL PIRATA BIEN EDUCADO



Pierre era un pirata, un pirata terrible. Asaltaba las fortalezas de los españoles por todo el Caribe –Portobello, Cartagena, Veracruz–, y allí robaba, saqueaba y secuestraba. También mataba, aunque en lo posible trataba de evitarlo. Pero mataba, vaya que si mataba. Vamos, que era un pirata de verdad. Con el botín que obtenía, se fugaba en sus rápidas balandras hasta una de esas islitas pequeñas del Caribe, tan pequeñas y tan lejanas que nadie se había dado cuenta de que existían, de que estaban allí en el mapa, hasta que se convirtieron en refugio de piratas como Pierre. A partir de ese momento esas islitas con nombres muy santos –Montserrat, Providencia, Santa Lucía– fueron un dolor de cabeza para los almirantes españoles en todo el Caribe, que empezaron a planear expediciones para echarlos de allí. Porque los nombres podían ser santos, pero

lo que allí hacían los piratas era cosa de demonios.

Bueno, hemos quedado en que Pierre era un pirata. Pero eso sí, era un pirata bien educado. Por ejemplo, siempre insistía en que sus secuaces –el Tuerto, el Patapalo, el Dientesrotos y todos los demás–, antes de asaltar una fortaleza, llamaran primero a la puerta. «Oigan, somos los piratas. ¿Les importa que los asaltemos? No estaremos mucho tiempo».

Los demás piratas al principio se habían resistido, porque les parecía un poco tonto tener que llamar a la puerta para entrar a robar, que es lo que hacían ellos. Pero Pierre era inflexible e insistía en que lo hicieran, y al final se habían acostumbrado. Ahora se sentían incluso un poco orgullosos de ser algo distintos de los demás piratas. A todo el mundo le gusta sentirse distinto, incluso a los piratas.

A los que en cambio no les hacía ninguna gracia todo eso era a los españoles que estaban dentro de la fortaleza a cuya puerta llamaban, y por eso solían contestarles de manera bastante desagradable:

–¡Piratas! ¡Miserables! ¡Fuera de aquí! ¡Idos a...!

Y otras cosas peores. Momento que aprovechaba Pierre para decir:

–¡Oh, qué lenguaje más horrible! Son ustedes unos deslenguados. ¡Qué decepción! Yo pensaba que los españoles eran muy refinados.

Los de la fortaleza no se dejaban impresionar y contestaban:

–Pero bueno, serás caradura. Tú eres un pirata y vienes aquí a robarnos todo y a secuestrarnos. ¿Y aún tienes la desfachatez de llamar a la puerta y de pedir permiso para hacer todo eso?

–Lo cortés no quita lo valiente –contestaba Pierre–. Mis padres me enseñaron que antes de entrar en un sitio había que llamar a la puerta.

–Tú lo que eres es un descarado y un bandido, etc., etc. –replicaban.

Esos etc., etc. eran en general palabras muy feas que los niños no deben oír. Pierre entonces suspiraba y decía:

–Qué espanto, qué manera de hablar. ¿Veis, chicos, lo feo que es decir tantas palabrotas? –Y se volvía entonces hacia los demás piratas que lo seguían, con sus sables desenvainados y sus puñales ya listos para el asalto–. Nosotros somos piratas, pero piratas bien educados. Ninguno de vosotros ha dicho nunca ninguna palabrota, ¿a que no? –Sus secuaces negaban entonces fuertemente con la cabeza. Decir palabras feas en el barco pirata de Pierre era severamente castigado: quien lo hacía se quedaba sin postre, y a

los reincidentes los dejaban además sin ron y su parte del botín—. Esos soldados de ahí, en cambio, son unos groseros. Se merecen que asalte-mos su fortaleza. ¡A por ellos!

A todo esto seguía un asalto un poco extraño contra los muros del fuerte, porque en vez de los típicos insultos y alaridos de los piratas, estos saludaban amablemente a sus enemigos y les pedían excusas cuando les daban un mandoble con su sable o les cortaban la cabeza. A Pierre le había costado bastante enseñar a sus hombres a actuar de esa manera, pero al cabo de los años lo había conseguido, y ahora estaba muy contento con el resultado.

Al acabar uno de sus ataques, Pierre fue a ver al capitán español, quien se encontraba herido en el pecho, desarmado y maniatado por sus piratas, y le dijo muy educadamente:

—Mi querido capitán, qué gran honor conocerlo. ¿Cómo se encuentra usted?

—¿Cómo quieres que me encuentre, si estoy herido y preso? Eres un vulgar pirata, no quiero saber nada de ti —le soltó el español.

—Perdón, caballero, no creo que nos hayan presentado. No sé cómo se atreve usted a tutearme. Yo jamás lo haría con una persona distinguida como usted.

Siguió una larga ristra de improperios, con los que el capitán dejó muy claro que, para él, Pierre no era en absoluto una persona distinguida.

Pierre suspiró de nuevo y se quitó el sudor de la frente. Lo hizo con su pañuelo de seda con sus iniciales bordadas –PeP, Pierre el Pirata–, que llevaba siempre en el bolsillo delantero de su elegante casaca verde con ribetes dorados. Decididamente este capitán no tenía modales. Se arregló un poco la camisa de lino que llevaba debajo de la casaca. Después se alisó sus pantalones de algodón muy ligero –«Hace siempre tanto calor en el Caribe», solía decir– para que la raya se mantuviera impecable. Una raya bien recta es algo realmente importante. Finalmente se arregló sus oscuros cabellos levemente ondulados, porque en las batallas siempre se le enredaban un poco. Le había costado lo suyo enseñar unos rudimentos de peluquería y manicura a uno de sus esbirros, pero al final lo había conseguido. Al terminar miró a su alrededor con un gesto de disgusto. El Tuerto tenía el parche del ojo medio caído, y los pantalones sucísimos y llenos de zurcidos. A Patapalo se le veían los colmillos torcidos, y los pelos negros del pecho saliéndole por encima de su camiseta de rayas blancas y azules. Y Dientesrotos tenía una barba de tres días y unos pelos desgredados que le ta-

paban los ojos. Había conseguido que sus piratas no dijeran palabrotas, pero su aspecto seguía dejando mucho que desear.

–A ver, todo el mundo a arreglarse un poco. No podemos presentarnos como unos pordio-seros delante de estos señores españoles. ¡Qué dirán de nosotros!

El capitán español, pese a sus heridas y a las cuerdas que lo mantenían atado, volvió a decir a gritos lo que pensaba de ellos.

Los demás piratas se esforzaron por obedecer. Hacían todo lo posible por seguir las instrucciones de su jefe. Pensaban que era un poco raro, pero como jefe de los piratas era muy bueno. Solía ganar casi todas las batallas, y el botín que luego repartía era generoso. De modo que el Tuerto se apresuró a colocarse bien el parche del ojo y trató de disimular los zurcidos de los pantalones, Patapalo se metió como pudo los pelos del pecho por debajo de la camiseta de rayas, y Dientesrotos se apartó el flequillo de los ojos y corrió a buscar una hoja de afeitar. Hasta ahí estaban dispuestos a hacer caso a su capitán. A lo que no estaban dispuestos era a renunciar a la gran fiesta que pensaban organizar esa noche en cubierta, para celebrar la victoria. Correría el ron, se emborracharían, cantarían canciones de piratas y acabarían peleándose. Es



decir, lo de siempre. Pierre seguía intentando convencerlos de que, en lugar de esas fiestas en las que se bebían toneles enteros de ron, se acostumbraran a brindar con el jerez robado a los españoles –«Por desgracia no es fácil encontrar champán en el Caribe», solía decir– y aprendieran a tocar el violín, pero en eso sí que no le habían hecho ni caso. Él lo deploraba, ¡oh!, cómo lo deploraba.

Por fin sacaron todo el botín de la fortaleza, y lo guardaron en unos cofres muy resistentes que colocaron en la cámara que Pierre ocupaba en el barco. A los prisioneros los ataron bien y los metieron en la bodega. Pierre se los llevaría como rehenes a Providencia, la isla donde estaba su guarida, y cobraría una buena recompensa por su rescate. Era así como luego podía repartir succulentos botines a su tripulación. Antes de zarpar, volvió a hablar con los prisioneros.

–No saben cómo les agradecería que esta noche estuvieran tranquilos y no hicieran mucho ruido en la bodega. Algunos de mis piratas tienen un sueño delicado y podrían despertarles. –Miró a sus secuaces, que empezaron a moverse nerviosamente, a silbar y a mirar a las nubes. Tenían otros planes para esa noche–. Les deseo a todos una buena travesía.

El capitán y los demás españoles le contestaron con una gran pitada, mezclada con algunos gritos:

–¡Sinvergüenza! ¡Filibustero! ¡Nos llevas atados en la bodega y nos pides que no molestemos el sueño delicado de tus piratas!

–Ah, qué maleducados son ustedes. No tienen remedio. En fin, pórtense bien porque si no tendré que obligarlos a desfilar por la plancha para arrojarlos al agua, que por cierto está infestada de tiburones que tienen un hambre voraz. Y eso sería para mí muy desagradable, muy desagradable. Toda esa sangre, y esos dientes de los tiburones masticando a dos carrillos. Qué horror, qué horror.

Pierre era en efecto un sinvergüenza, un ladrón, un secuestrador y un bandido. O sea, un pirata. Pero eso sí, un pirata bien educado.

Estaba a punto de retirarse a su cámara cuando vio una pequeña vela en la lejanía. Enseguida apareció otra, y otra, y otra más. Pronto todo el horizonte hacia el sur se cubrió de velas blancas. Pierre sabía perfectamente lo que eso significaba. Una flota tan grande en el Caribe solo podía ser española. Debía de ser la flota de Cartagena de Indias, que se dirigía a La Habana. Qué mala suerte haberse encontrado con ella. Por muy rápida que fuera su balandra, no tenía nada que

hacer contra esa cantidad de galeones. Los iban a capturar, estaba claro. Pierre suspiró. Había sido divertido ser pirata, pero le iba a durar poco. Eso sí, pasara lo que pasara, no perdería los modales. Sería hasta el final el pirata bien educado.